



**Ramón López Velarde**

## **El comedor**

Tiempos de abundancia... Muy diversos de estos calamitosos en que, según mi querido Pepe (quiero decir Jesús B. González), se necesita frente al pan un microscopio, para saber qué minúscula pieza se come uno... Y cito a ese cristiano amigo, porque la calidad de su ingenio supera a la de su chaleco futurista y a la de su calzado fabuloso.

Copiosos, en verdad, eran aquellos tiempos en que se abastecía el comedor con la cosecha varia de la provincia. Hablo del comedor solariego, del que no tenía más puerta que la de la entrada, y se oscurecía con las nubes más informales de mayo, y tenía una mesa pintada de verde y un aparato que colgaba de un ancho cordel, verdadera dinastía de moscas en lo álgido del verano.

Pintorescos, a más no poder, los muros del comedor. De lo que había sobre ellos no se hizo inventario. Recordaré el anuncio de una medicina yanqui, anuncio cuya figura principal era un personaje de aspecto carneril, con la corbata blanca bien liada sobre el cogote, y con unas letras que decían: «Monroe». Y el otro anuncio, el de los arados modernos cuyo almacén estaba en Guadalajara. Y todavía otro anuncio, el de la fábrica de cigarros de la localidad: una dama y un pilludo; ambos de pie y destocados; ella envuelta en pieles de armiño y él a medio vestir y descalzo; los dos fumando, frente a frente, como si se desafiaran. Sería ingratitud no mencionar también el clavijero negro y los clavos que servían para sustentar, por la noche, las jaulas de los canarios y de las palomas habaneras.

¿Cómo dejar en el tintero la alacena que se hallaba al entrar, a mano izquierda? En aquella poemática alacena se guardaban todos los combustibles del feo pecado de la gula, desde la cajeta de membrillo, hasta el arroz de leche, capaz de conmovier a medio kilómetro las entrañas de Artemio de Valle-Arizpe, hidalguete de hombros derrocados, que finca el noventa y cuatro por ciento de sus pasiones en el jugo gástrico. Aquella alacena merecía un romance de Nervo.

En el bienestar de los mediodías, la tierra hablaba con su voz más persuasiva, y los ojos recreábanse en cuadros de un sensualismo vivificante. Traspasaba el sol el cenit y

cacareaban las gallinas prólogos de escándalo al huevo inminente. Ruidos de incendio en la cocina, de incendio en las cacerolas, aseguraban la sensata esperanza de comer. La agudeza montaraz de mi olfato adivinaba los guisos. Si por un descuido quedaba abierta tres segundos la puerta del corral, se extendía por el patio la invasión de las gallinas y de los pavos silvestres, toda la Rusticatio de Landívar.

La comarca entera humeaba como una gran vianda pronta a repartirse. Se sentía que los tres reinos se escapaban de los muertos tratados de Historia Natural para sazonarse en los braseros aldeanos.

Las cenas, succulentas y de un regusto peninsular, trascendían a clasicismo de posada cervantesca. ¿Se cenaba así en la casa del caballero del Verde Gabán? De sobremesa, dejábase oír, a las veces, la narración de un regocijado tío, que había seguido a García de la Cadena y corrido lances y lances entre Evas y Adanes, pues siempre fue aficionado a los amigos y arrimado a las colas. No pocas ocasiones alargábase la vigilia más allá del toque de queda y del pito de los serenos a las diez y de la conclusión de la Hora Santa de la Parroquia.

Pero quizá el más grato de los recuerdos del comedor es el de las mañanas, el de los desayunos de geórgica. Quedaba frente a la puerta del comedor el pozo, y en el brocal del pozo se iban alineando desde la madrugada jarros y vasos de leche, ordeñada junto al pesebre. La corona de espuma tentaba con su fresca tentación los paladares, y el riesgo de vasos y jarros en el brocal del pozo volvíalos de más precio, como si su posible caída insinuase en ellos un sabor más codiciable.

Yo reúno la mañana, el mediodía y la noche futuros en una sola esperanza: la de poder, en mi declinación, mirar en una misma fecha el vaso de espuma, la soperá que despide saludable vapor y la colación que se usa comúnmente entre gentes de buena conciencia. ¿No os gusta el Ripalda como final de crónica?

El Nacional Bisemanal, México, 19 de febrero de 1916

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

